

LUIGI ZOJA

LOS CENTAUROS

En los orígenes
de la violencia masculina



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ECUADOR - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en italiano, 2010
Segunda edición en italiano, 2016
Primera edición en español, 2018

Zoja, Luigi

Los centauros : en los orígenes de la violencia masculina /
Luigi Zoja ; prólogo de Luigi Zoja. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2018.

209 p. ; 17 x 11 cm. - (Breves)

Traducción de: María Julia De Ruschi.

ISBN 978-987-719-132-5

1. Teoría Social. 2. Patriarcado. I. Zoja, Luigi, prolog.
II. Ruschi, María Julia De, trad. III. Título.
CDD 306

Distribución mundial

Diseño de tapa: Juan Balaguer

Título original: *Centauri. Alle radici della violenza maschile*

ISBN de la edición original: 978-88-339-2808-1

© 2016 Bollati Boringhieri Editore, Torino

D.R. © 2018, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738

Ciudad de México

ISBN: 978-987-719-132-5

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11723.

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prólogo a la nueva edición</i>	13
I. <i>El mito</i>	25
Centaurismo	25
Los residuos animales en el varón.....	27
En los confines de Grecia.....	32
Símbolos buenos y malos.....	39
Las manos de Neso.....	43
Las sabinas	47
El “síndrome de Cenís”	50
II. <i>La historia y la guerra</i>	55
Una psicopatología colectiva	55
Botín de guerra.....	65
El mito y el siglo xx	71
En tiempos de “paz”	77
Otra vez el instinto animal.....	83
III. <i>Pitcairn. Un laboratorio de la regresión masculina</i>	91

IV. <i>Las falsificaciones de la biología</i>	99
Seudoespeciación.....	99
Futurismo y racismo	111
Imágenes del estupro y la propaganda aliada.....	121
Construcción imaginaria del hombre de color.....	126
V. <i>El epílogo de la Segunda Guerra Mundial</i>	135
1945.....	135
¿Qué tiene de malo pasarla bien con una mujer?	142
Observaciones sobre el centaurismo soviético	147
VI. <i>Sin final</i>	159
El silencio	159
El retorno a la violencia individual	163
Cenis una vez más	169
Reflexiones.....	171
La cultura.....	181
<i>Referencias bibliográficas</i>	185
<i>Índice de nombres</i>	207

A Eva

AGRADEZCO a Giulia Cogoli y a Roberto Gilodi, que quisieron publicar este texto, y a Caterina Grimaldi, que colaboró atentamente en muchos aspectos de su redacción. Esta última edición ha sido enriquecida con nueva información y bibliografía, que le debo en gran parte a Francesca Giulia La Rosa.

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

EN EL AÑO 2000 publiqué una “historia del padre” que tuvo reiteradas ediciones y numerosas traducciones. Por este motivo, a menudo se me considera un experto en la identidad paterna, algo que mis familiares desmentirían. Pero mis trabajos sobre la figura del padre me llevaron inevitablemente a estudiar la identidad masculina en su conjunto. Utilizando el psicoanálisis y los estudios de género, podemos llegar a la conclusión de que es mucho menos estable que la femenina: varía según las civilizaciones y sus circunstancias históricas. Hoy en día, del ocaso del patriarcado no surge una sociedad con un mayor número de características femeninas, que se suponen más vinculadas a las relaciones y a los sentimientos. El mundo posmoderno y pospatriarcal no es en absoluto posmachista. Eventualmente, valora las cualidades prepaternas del varón, como el ser luchador (contra los competidores) y cazador (de mujeres, pero también de éxito y de ganancias, exigidos por una vida económica cada vez más competitiva).

El “buen padre” constituyó un polo extremo, pacientemente construido con muchas (demasiadas)

reglas y artificios de la civilización: pero por suerte existió. A menudo se me ha preguntado cuál fue, en la identidad masculina, el polo opuesto. Un interrogante que se mantuvo dentro de mí como un coágulo, pero que se disolvió de improviso cuando, en una sala del Louvre, leí la detallada explicación que acompañaba a una representación de los centauros. El lado oscuro de lo masculino se me reveló de manera instantánea: seres capaces solo de luchar y de poseer con violencia a las mujeres, no de elegir un vínculo con una compañera y asumir la responsabilidad de los hijos que la relación erótica pone en el mundo. El mito nos dice que los centauros se comportaban de ese modo: todos y siempre, como individuos, pero también como grupo.

Hay una tragedia connatural a la especie humana, que la diferencia de todos los demás animales: nuestra agresividad y nuestras transgresiones no son solo casos de desequilibrio psíquico, sino que además pueden convertirse en enfermedades de la civilización, volviéndose sistemáticas y alcanzando un alto nivel de organización, como nos lo demuestra la historia de las guerras y de los genocidios. Existe otro aspecto “cultural” que nos vuelve únicos con respecto a cualquier otra especie. La violencia sistemática de un grupo contra otro puede también ser la de una horda de hombres en perjuicio de las mujeres: en este caso, se vuelve puro sadismo generali-

zado, al que le faltan incluso las razones históricas y las seudojustificaciones que acompañan las masacres raciales, étnicas o entre naciones.

La primera edición de *Los centauros* tuvo su origen en una conferencia. Es natural, por lo tanto, que fuera más breve y descriptiva. La actual, además de estar ampliada, intenta también desplegar de modo gradual una tesis. Pone de relieve cómo una oleada orgiástica que desemboca en el estupro colectivo puede originarse en circunstancias históricas diferentes y de modos relativamente inesperados. Asimismo, si ciertos poderes pueden tolerarla o incluso favorecerla, esta transgresión generalizada tiene algo de “espontáneo”. Si bien merece clasificarse entre los grandes crímenes de la historia, carece de esa cualidad que (para ceñirnos al ejemplo más dramático y conocido) distingue al genocidio de la simple masacre: una intención y una programación que descienden del vértice a la base. En la posesión orgiástica, *el estupro puede generar en la horda un consenso muy distinto y mucho mayor que en el caso de otros delitos*. Esto exige una aproximación psicológica. Más allá de las perversiones políticas, es preciso buscar sus raíces en el inconsciente colectivo.

Resulta perturbador pensar que uno de los más grandes crímenes de la historia pueda ser cometido solo por los varones, si bien en casos límite con la complicidad femenina. Las condiciones de base para

que tenga lugar son muy simples: el cuerpo masculino con sus instintos (que se pueden limitar pero no modificar) y un cierto machismo implícito en la cultura, que se presenta de un modo casi universal.

Lamentablemente, el mundo del abuso sexual, tanto eventual como cotidiano, tanto consciente como inconsciente, resulta muy difícil de delimitar. En su manifestación colectiva, es un aspecto espantoso de la psicología masculina, cuyas consecuencias se han estudiado, pero no en verdad sus orígenes.

Nos ocuparemos también de la violencia individual cuando se origina en oleadas colectivas y sigue recorridos arquetípicos. Tocaremos luego inmensas zonas en las cuales (sobre todo en la historia de América Latina inmediatamente posterior a su descubrimiento) a la inmigración y la conquista militar se superpone una violencia sexual de masas. A diferencia de la anglosajona en América del Norte, la toma de posesión española y portuguesa de medio continente fue, por así decirlo, casi fulmínea. En el siglo XVI, se habían circunnavegado todas las costas y se habían fundado los principales centros de población y sus instituciones. Dadas las dificultades y las convicciones de entonces, las expediciones hispanas y portuguesas estaban compuestas casi de manera exclusiva por varones. Más allá de las oscilaciones de las costumbres, la naturaleza masculina varía poco en el tiempo. Cuando años después de la conquista quien

ya estaba casado hacía venir a su mujer, esta se llevaba una sorpresa: lo encontraba rodeado de “criadas”, en torno a las cuales había niños menos oscuros que los demás indios, y que se les parecían.

A menudo, en una primera fase, los nativos intentaron oponerse o al menos limitar el poblamiento foráneo, pero los europeos se impusieron por medio de la fuerza superior de sus armas. Luego de matar a una buena parte de los nativos varones, se apoderaron no solo de su territorio, sino también de sus mujeres.

Pero quizás el orden de los acontecimientos no haya sido este: tal vez los *conquistadores* hayan buscado en primer lugar el sexo por la fuerza, y solo después, ya que la violencia llama a la violencia, hayan pasado a las armas. El estupro colectivo, de hecho, forma parte del primer viaje de Colón. De regreso a Europa, el almirante dejó en la actual Haití a 39 de sus hombres. Cuando regresó, antes de cumplirse un año, todos habían muerto: asesinados por los nativos, dicen las reconstrucciones, porque tomaban a las mujeres por la fuerza.¹ Nos enteramos luego de que una joven nativa (“entregada” en el segundo viaje de Colón a un gentilhomme de la expedición) no había dado su

¹ Luigi Zoja, *Paranoia. La follia che fa la storia*, Turín, Bollati Boringhieri, 2011, cap. 2, pp. 73 y 74, y la bibliografía allí citada [trad. esp.: *Paranoia. La locura que hace la historia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013].

consentimiento: en una carta, él describe humorísticamente cómo había tenido que azotarla con energía para que entendiera cuál era su deber.²

El sometimiento de la entera población nativa comenzó con la Malinche, la noble india entregada a Cortés como intérprete que luego se convirtió en su concubina y en sinónimo de la máxima humillación. Ella reúne en un símbolo dos heridas seculares: la sujeción sexual se funde con la preferencia por lo que es foráneo e invasor con respecto a lo nativo. En el análisis de Octavio Paz, coincide con la imagen popular de la *chingada* (la violada):³ doble degradación que, al menos en México, sobrevivirá como un parásito en el sentimiento colectivo.

Como en otras vicisitudes históricas, pero a escala continental y de un modo casi permanente, América Latina muestra que el entrelazamiento del atropello racista y el sexual puede volverse inextricable. En las páginas que siguen descubriremos sus huellas: prejuicios y violencia que llegan hasta nuestra época. A medida que la supremacía europea se

² Tzvetan Todorov, *La conquista dell'America. Il problema dell'altro*, Turín, Einaudi, 1984, parte I, p. 59 (ed. orig.: *La Conquête de l'Amérique. La question de l'autre*, París, Seuil, 1982 [trad. esp.: *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI, 2008]).

³ Octavio Paz, *Il labirinto della solitudine*, Milán, Il Saggiatore, 1982, cap. 4 (ed. orig.: *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950).

consolida y se crean instituciones estables, la relación de mera fuerza con las mujeres se va adaptando a un “proceso civilizador”, lentísimo porque lo frenan obstáculos ideológicos. Lamentablemente, los valores del colonialismo español siguieron estando dominados por esa obsesión por la limpieza de sangre, que alcanzará su punto culminante con el nazismo. A la Iglesia, en cambio, le importaba sobre todo la legalización de las relaciones sexuales: esto implicaba una menor resistencia a las uniones mixtas. De forma gradual, las mujeres nativas pasan de concubinas a compañeras e incluso a esposas; los niños, de bastardos a mestizos e incluso a hijos legítimos. Gracias a la modernización, la laicización, la globalización y el desarrollo económico, poco a poco los países latinoamericanos se van adaptando a Occidente, mientras las cicatrices arcaicas del alma colectiva retroceden hacia las profundidades. Pero como lo han demostrado infinitos análisis a partir del de Octavio Paz, los complejos de inferioridad nacionales del continente tienden a sobrevivir en el inconsciente colectivo, y generan fragilidad en las intenciones y desconfianza (unida a una casi supersticiosa fe en la superioridad de lo europeo o estadounidense): no solo en los individuos, sino también en los procesos de renovación de cada país.

Sea cual fuere el ejemplo histórico al que se recurra, parece poder darse por descontado que la con-

centración de grandes grupos de hombres sin compañeras conduce a desórdenes de la sexualidad, unidos a actos de violencia. Parecía poder darse por descontado también que esto sucede cuando las masas compuestas por hombres solos son las dominantes, por motivos militares o políticos (división rígida de la sociedad a partir de criterios raciales, étnicos o económicos). Habitado a encontrarse del lado vencedor de estas categorías, Occidente advirtió con horror (sobre todo en Alemania la noche del 31 de diciembre de 2015) que también las multitudes desesperadas de inmigrantes y refugiados, si están compuestas por una mayoría desproporcionada de varones, pueden poner en práctica una violencia sexual de grupo: un hecho que confirma el carácter no programado ni dirigido de las oleadas orgiásticas que surgen autónomamente del inconsciente de las masas arcaicas. El abuso sexual colectivo cometido por individuos en una situación de sometimiento es un hecho para el cual es difícil encontrar un precedente y que exige una perspectiva nueva y, sobre todo, psicoanalítica.

Para concluir, señalaremos otra zona gris: la superposición de la violencia sexual de la horda y las normativas que, sin plantearse el verdadero problema en su aspecto moral, intentan legalizarla para impedir que se convierta en orgías en las cuales la disciplina quede fuera de control. La más típica es el

establecimiento de burdeles para militares: el ejército es el prototipo de cualquier conjunto de jóvenes varones que, cuando la guerra excita sus instintos, buscan aún más desordenadamente un desahogo sexual.

Es inevitable que en la gestión de estas casas de placer la violencia política, racial y de género se den la mano de nuevo. Con los militares japoneses aliados del fascismo en la Segunda Guerra Mundial había (en un número debatido, pero sin duda alto) una multitud de mujeres destinadas a su “consuelo” sexual, reclutadas por la fuerza o con promesas en las colonias del imperio y en los países ocupados. Reclamamos de un pedido de disculpas o de una reparación aparecen todavía hoy en la primera página de los periódicos de un modo constante y envenenan las relaciones entre países que tienen continuamente intereses en común, como Japón y Corea del Sur. Menos sabido es que las tropas italianas que atacaron Etiopía en los años 1935 y 1936 pusieron en práctica una forma de esclavitud sexual, aunque el más conocido periodista italiano del siglo xx, Indro Montanelli, reveló varias veces, sin parecer avergonzado, haber comprado, literalmente, una concubina de 12 años.⁴ La institución que lo permitía era dis-

⁴ Enzo Biagi, “Intervista a Indro Montanelli”, Archivo de la Radiotelevisione Italiana, 1982, disponible en línea: <<https://www.youtube.com/watch?v=iJBW4gFJ3no>>; Indro Montanelli, “Quando andai a nozze con Destà”, en *Corriere della Sera*, 12 de

tinta del burdel, más estable, ya que instituía una pareja, más apropiada en una guerra de movimientos en un territorio poco conocido: con el “madamismo”, se adquiriría una muchacha por un tiempo, en general pagándole a su familia. Según un periodista de la época, que por otra parte santificaba la colonización italiana, “el blanco compraba a la indígena, que se convertía, mejor decir la palabra brutal, en su esclava: porque no era su esposa, ni su sirvienta, por su incapacidad de serlo. *Un mamífero de lujo negro*”.⁵ En un vacío de acontecimientos, de instituciones o de verdaderas ocupaciones, salvo la de la invasión militar, para los italianos que habían desembarcado en Etiopía este “contrato” se vuelve central. Según el historiador más importante del colonialismo italiano, una vez terminada la conquista de Etiopía, “el fenómeno del madamismo ya ha adquirido, a comienzos de 1937, dimensiones tan relevantes que ponen en peligro la entera política racial del

febrero de 2000. En esta última versión, la edad de la muchacha sube a 14 años y nos enteramos de algunos detalles, como su ineptitud para tener relaciones, ya que había sido sometida a una infibulación. Hay referencias al caso también en Carlo Gubitosa, “El fumettista, Montanelli, la ‘moglie bambina’ in Eritrea e l’amore come reato penale nel fascismo”, 10 de julio de 2013, disponible en línea: <<http://gubitosa.blogautore.espresso.repubblica.it/2013/07/10/montanelli/>>.

⁵ Alfio Berretta, cit. en Angelo del Boca, *Gli italiani in Africa orientale*, vol. III: *La caduta dell’Impero*, Milán, Mondadori, 2001, p. 246 (las cursivas pertenecen al original).

fascismo”.⁶ Para actuar, el gobierno fascista no esperó las leyes raciales que se promulgaron en 1938. En las colonias entraron de inmediato en vigor normas que castigaban con la reclusión de uno a cinco años la intimidad entre italianos y nativas.⁷ Tal como sucederá durante el nazismo, la violencia sexual hacia personas de otra raza se reprime no porque se la reconozca como un doble atropello (sexual y racial) a las víctimas, sino porque se convierte en *un delito contra la pureza de la raza, por lo tanto, contra el Estado*. En la práctica, el matrimonio con las africanas y el reconocimiento de los hijos que estas engendraban se impedían con la máxima severidad, mientras, en cambio, se toleraba la prostitución con las mujeres locales. En teoría, estaban permitidos solo los burdeles con “trabajadoras” de la península, pero estas eran unas pocas decenas, y los pedidos, decenas de miles. Como en la conquista de América Latina, los hombres italianos en África Oriental eran literalmente un ejército, y los funcionarios civiles constituían otro grupo más de hombres solos. Con su ideología machista, el gobierno entendía que esta inmensa legión representaba un problema. Por lo tanto, anunció que iba a mandar a Etiopía un millón de italianas: sin embargo, llegaron menos de diez mil

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*, p. 244.

en total. No fue posible satisfacer de manera legal y con carne blanca a la horda de machos: ni siquiera las prostitutas estaban dispuestas a trasladarse de Italia al nuevo imperio.⁸

⁸ Angelo del Boca, *op. cit.*, cap. 4; Chiara Volpato, “La violenza contro le donne nelle colonie italiane. Prospettive psico-sociali di analisi”, en *DEP. Deportante, Esuli, Profughe. Rivista Telemática di Studi sulla Memoria Femminile*, núm. 10, 2009, disponible en línea: <<http://www.unive.it/media/allegato/dep/n10-2009/Ricerche/Volpato.pdf>>.